JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

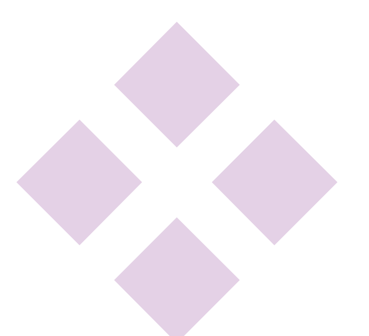
CLASE N° 13

MARX, "EL CAPITAL"



QUÉ ES LA FILOSOFíA
Una introducción
al saber de los saberes

Suplemento especial de **Página/12**



El ardor dialéctico de Marx es el que se exhibe en su pasión por las devastaciones que la burguesía ha realizado para hacer surgir lo *nuevo*. Marx tenía en alta estima el dominio que el hombre capitalista había ejercido sobre la naturaleza. En esto no sólo lo enfrentará Heidegger, sino la Escuela de Frankfurt. Si, para Heidegger, Marx es un pensador de la técnica (a favor de la devastación de la tierra característica del tecnocapitalismo), para los frankfurtianos Marx se encuadra como uno de los entusiastas de la *razón instrumental*. No quiero adelantarme en esto: pero la Escuela de Frankfurt (Adorno, y Horkheimer sobre todo), al mover el eje principal del razonamiento de la lucha de clases al dominio del hombre sobre la naturaleza, condena a Marx, ya que Marx era un exaltado propulsor de tal dominio. Escribe Marx: "El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?" (*Ob. cit.*, p. 22).

LATERALIDAD

Este texto tiene también notables semejanzas con muchos de *Facundo*, en los cuales Sarmiento se entrega con la misma pasión a los avances del Progreso, con mayúscula, claro. Para Sarmiento, la enemiga de la Civilización es la campaña, donde habita el hombre irracional, el gaucho que se opone al Progreso. La antinomia ciudad-campaña es, en *Facundo*, una de las formas derivadas de la antinomia mayor: Civilización-Barbarie. Una frase como "el idiotismo de la vida rural" sería gozosamente suscrita por el sanjuanino. Sarmiento era, también, un admirador de la razón instrumental y del tecnocapitalismo, sólo que no veía *–ni remotamente–* a los proletarios como los enterradores de la clase social que había producido semejantes maravillas. Aquí, Sarmiento y Marx se separan; pero en todo el trayecto en que acompañan las conquistas de la burguesía sobre el mundo feudal, barbárico, atrasado, coinciden. En Oncativo y La Tablada, Marx habría estado junto al general Paz, general a la europea, según Sarmiento, sobre todo por el arma que ha elegido: la artillería y no la caballería, propia de los hijos de la pampa. Para Marx, Quiroga habría sido lo que era: un hombre de los llanos. Y en los llanos cunde el "idiotismo". Heidegger habría estado con los campesinos de Quiroga, pero desde la ontología del Ser, que lo derivó a apoyar el nacionalsocialismo. Adorno y Horkheimer, si fueran fieles a sus postulados, deberían ver en los llanistas a unas víctimas pre-iluministas de la razón instrumental. Los apoyarían desde su marxismo dialéctico negativo, pero, sobre todo, desde su condena a la filosofía de la Ilustración y su dominio *racional* de la naturaleza y, luego, de los hombres. ¡Qué complejo es esto! No sofocaré su riqueza adosándole más interpretaciones de mi cosecha (con perdón por el sabor agrícola de la palabra). Será más adecuado dejarlo –por un largo momento– abierto, de modo que se entreguen ustedes a su densidad conceptual; en suma: no cerremos esta problemática, no nos arriesguemos a una lectura apresurada, que sería lineal y acabaría siendo dogmática, como la mayoría de las lecturas tanto liberales como marxistas que se han hecho en nuestro país.

EL MAGO BURGUÉS

Todo lo realizado por la burguesía lleva a Marx –según Marshall Berman– a ver en ella una especie de doctor Frankenstein. Ustedes conocen esta famosa historia de Mary Shelley: un hombre crea un hombre. Es una de las ideas más revulsivas jamás expuestas en la literatura. Tiene hoy una enorme vigencia. El hombre está a punto de crear al hombre. "Pienso en lo que se desarrolla hoy en día bajo el nombre de biofísica", dice, aterrado, Heidegger. "En un tiempo previsible estaremos en condiciones de hacer al hombre, es decir construirlo en su esencia orgánica incluso, tal como se los necesita: hombres hábiles y hombres torpes, inteligentes y tontos. ¡Llegaremos a esto!" (*Conmemorando a Heidegger*, ed. cit., p. 31). ¿Llegaremos? Ya hemos llegado. O están a las puertas. O aún no se atreven a anunciar algo tan preñado de controversias teológicas y humanistas. Aldous Huxley lo previó en su novela *Un mundo feliz*. Pero la burguesía frankensteiniana que encuentra Berman en Marx (aunque Marx no alude en modo alguno a la creatura de Mary Shelley) es tal porque, al igual que el doctor Henry Frankenstein (yo tomo sin más el nombre de pila que le adosó la película, genial, de Universal Pictures) no puede *controlar* a su creatura. El *monstruo* se desmadra. Y nadie puede contenerlo. Esta idea de la burguesía que no puede contener los prodigios que ha producido es uno de los puntos literariamente más fascinantes del *Manifiesto*. ¡Esta es la verdadera profecía de Marx que sí, absolutamente, se está cumpliendo! Escribe: *"Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros"* (*Ob. cit.*, p. 23). Nadie podría decir que no hubo en Marx una visión clara del poder destructivo de la burguesía. Aquí, en este exacto punto, ya no la acompaña. Aquí ve a la burguesía como un *mago* que no es capaz de dominar las *potencias infernales* desencadenadas por sus conjuros. Aquí, Marx, en este exquisito punto en que piensa la destructividad burguesa sin *superación dialéctica* (el proletariado aún no ha entrado en acción), ve la devastación tal como la ve Heidegger y tal como la ven Adorno y Horkheimer en *Dialéctica del Iluminismo*. También en *El capital* Marx afirma que si por la burguesía fuera, si no tuviera una fuerza que la contenga, destruiría el planeta. Algo que está ocurriendo *hoy*. Desde la caída de la bipolaridad se ha instalado esta situación: el capitalismo se dirige en el camino de la destrucción del planeta, sobre todo porque, además, ha despertado a las fuerzas del terrorismo y ya no puede manipularlas como lo hiciera, en su beneficio, durante la Guerra Fría.

La tecnología está viva. Está en manos de los hombres pero pareciera poseerlos, o, sin duda, pareciera que éstos ya no pueden controlarla. Hay un comercial en que un executive recibe de regalo una nueva agenda electrónica. Empieza a manipularla y son tantas las cosas que el pequeño y diabólico objeto puede hacer que el hombre, aterrado, lo suelta y grita: "It's alive! It's alive!" ("¡Está viva, está viva!"). No hay cinéfilo que no sepa (y los que hicieron el comercial lo hicieron como homenaje a la escena que voy a comentarles) que el doctor Frankenstein (Colin Clive), al ver los primeros movimientos de la mano del Monstruo (Boris Karloff) rompe a gritar: "It's alive!". La escena se ha hecho inmortal porque el actor Colin Clive se ve tan lunático, tan perdidamente loco que produce, a la vez, hilaridad y espanto. Pero, ¿qué significa esa escena hoy, qué nos quieren decir los tecnocapitalistas que hicieron ese comercial? Nos dicen que la agenda cibernética que recibió ese executive estaba viva; que él, un hombre criado y acostumbrado a los milagros de la Ciencia siglo XXI, sintió el terror de sentirla vivir en su mano. Sintió, también, el terror de saber que jamás tendría control sobre ella y que corría el riesgo de que ella lo tuviera sobre él. Acaso, ahí mismo, entrevió un mundo dominado por creaciones del hombre que el hombre ya no podría controlar. El mundo del Mago Burgués. El mundo de las potencias infernales desatadas. Esto se une a otra gran película. Al menos el fragmento de ella que se relaciona con nuestro tema es, sin duda, genial. Se trata de *Fantasía* de los Estudios Disney. Y se trata, sí, de *El aprendiz de hechicero*. No es casual que la partitura de Paul Dukas, el músico francés que tramó la extraña y hasta demencial melodía (encantadora a la vez) que estructura la obra, se haya basado en un poema de Goethe, el poeta que puso en boca de Mefisto la frase: "Soy el Espíritu que todo lo niega". El protagonista, ustedes lo saben, es el ratón Mickey. El Brujo se va a dormir, deja olvidado su bonete, Mickey se lo pone y desencadena todo lo que luego no podrá controlar. Bien, *el mago burgués es el ratón Mickey, ahí, alucinado, sin poder controlar las escobas*.

La historia tiene un final tranquilizador porque reaparece el Brujo, mitiga los desbandes que el aprendiz había impulsado y se pone el bonete. Todo vuelve a su cauce. *¿Quién volverá a su cauce el mundo del mago burgués, quien conjurará las potencias infernales que él no puede conjurar?* Aquí tenemos que recordar algo que señalamos acerca de Marx: vivió en un siglo de revoluciones. Y el protagonista de esas revoluciones era el personaje destinado a volver todo a su cauce: *El proletariado industrial*. Pero, antes de introducir a este esencial personaje, reflexionemos sobre otro punto que destaca Marx: la sociedad burguesa ya no puede sostenerse a sí misma. Va a señalar –desde otra perspectiva– lo que dijo sobre el Mago burgués que no puede conjurar las potencias que desencadenó. Es la conocida teoría sobre las crisis capitalistas. Las "actuales relaciones de producción" y "las relaciones de propiedad" que impone la burguesía no le permiten controlar "las fuerzas productivas modernas". El desarrollo incontenible de las fuerzas productivas –incontenible e inmanejable para la burguesía– requiere otra organización de la sociedad. Las relaciones de producción y de propiedad tienen que cambiar de mano para que no se siga cayendo en crisis cada vez más agudas. En suma, el mundo burgués (sus relaciones de producción y de propiedad) no puede conjurar el desarrollo de las fuerzas productivas. Digámoslo de otro modo: el hechicero ha devenido aprendiz ante la multiplicación enloquecida de las escobas. Debe venir *alguien* y poner orden en el caos. Si la burguesía derrotó al feudalismo con la industria, ahora la industria le resulta inmanejable a la burguesía. Así lo dice Marx: "Las armas de que se sirvió la burguesía para derrocar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía. Pero..." ¡Ah, este "pero"! Se trata del "pero" más importante de la historia de los manifiestos políticos. Este "pero" anuncia al gran personaje que ordenará todo. Al protagonista del futuro. Al gran *desfacedor de entuertos*. También al redentor de la humanidad injuriada, humillada. El que terminará con la ignominia. El que (recordemos) realizará "el imperativo categórico de derribar todas las relaciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, humillado, abandonado" (*Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, ed. cit., p. 31). Volvamos a ese "Pero..." ¿Qué escribe Marx luego de él? Escribe: "(Pero) la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también a los hombres que empuñarán estas armas: los obreros modernos, los *proletarios*" (*Ob. cit.*, p. 25. Cursivas de Marx). El *Manifiesto comunista* termina con la famosa proclama: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Aclaremos (nosotros, latinoamericanos, tenemos que aclarar estas cosas) que, en 1848, para Marx, "todos los países" significaba todos aquellos en que el desarrollo de la burguesía hubiera generado un proletariado capaz de controlar los medios de producción que ella, la burguesía, no podía ya controlar. Es decir, los países desarrollados de Europa. Reflexionemos hasta qué punto Marx requería un proletariado organizado y capaz: se trataba de asumir el dislocado mundo burgués y organizarlo racionalmente. No se trataba sólo de una cuestión de derrocamiento de una clase por otra, sino que la clase que derrocaba y tomaba el poder lo hacía porque la derrocada (al mantener un orden social y económico en condiciones irracionales, en condiciones –abundemos– que la industria había sobrepasado, en condiciones –insistamos– que requerían una nueva organización para que toda la estructura

social, política y productiva funcionara *racionalmente*) ya era impotente para cumplir la tarea de conducir la sociedad. Se comprende que semejante clase social de reemplazo Marx sólo podía encontrarla en los países de Europa y como fruto maduro de la dominación burguesa. El proletariado no sólo debía estar capacitado para derrocar a la burguesía sino también para ordenar un mundo que la burguesía había desquiciado. Al Mago burgués debía sucederle el Mago proletario, que sería más bondadoso y más justo.

El texto final de este formidable panfleto político –pasional, brillante, descomedido y muy bien escrito– anuncia que los comunistas nada ocultan y –por no ocultar nada– dicen que alcanzarán sus objetivos "derrocando por la violencia todo el orden social existente" (*Ob. cit.*, p. 77). Marx alude aquí a eso que –en otro lugar y a propósito de otra cuestión que no nos privaremos de ver– llamará la *Partera de la Historia*: la violencia.

Termina aquí nuestra exposición del *Manifiesto comunista*.

LATERALIDAD: UN CUENTO POLICIAL

Uno de los temas más exquisitos del *Manifiesto* es el de la burguesía que no puede detener las *potencias infernales* que ha desatado con sus conjuros. Si Derrida se explaya abstrusamente a lo largo de diez páginas sobre la palabra *espectro*, se me permitirá que insista con esto. Posiblemente Marx conociera el poema de Goethe. Sin duda no había visto el fragmento de Mickey Mouse en *Fantasía*. Pero lo anticipó. La trama de un sujeto que sabe que marcha a la destrucción y no tiene cómo evitarlo tiene una riqueza enorme y fue utilizada en la literatura policial. Ustedes saben que Guillermo Saccomanno es uno de nuestros mejores escritores, largamente. No hacen mucho barullo acerca de él en ese sitio que llaman "la academia", pero conjeturo que la literatura argentina hace tiempo que no transita por ahí. Como sea, hace unos años, Saccomanno, que también tiene talento para escribir historietas, publicó en España y Francia una que era más o menos así: un hombre poderoso llama a un *contract killer* y le dice que esa noche, en tal lugar, en tal calle, se va a cometer un asesinato, que será un asesinato más de un asesino serial al que la policía pugna infructuosamente por detener; que vaya, le pide, a ese lugar y mate al asesino. Le anticipa cinco mil dólares y le dice que le dará cinco mil más no bien haga su trabajo. Esa noche, el *contract killer* llega a la dirección que le diera el hombre poderoso y presencia un asesinato. Luego, entre las sombras, el asesino intenta escapar. El *contract killer* le dispara tres veces. El asesino cae. El *contract killer* camina hacia el cadáver, que ha caído boca abajo. Buscando conocer su cara lo hace girar, se inclina sobre él y descubre que aún respira. También descubre que es el hombre que lo contrató. El hombre, con su último aliento, le dice: "Gracias, alguien tenía que detenerme". Respira con gran dificultad. Todavía alcanza a entregarle un pequeño paquete y dice: "Esto es suyo". Entonces muere. El *contract killer* mete el pequeño paquete en un bolsillo y se pierde entre las sombras. No necesita abrirlo. No necesita ver qué hay adentro. Lo sabe: hay cinco mil dólares.

Las lecturas teóricas de este breve relato las dejo en manos de ustedes.

"EL CAPITAL": ANÁLISIS DE LA MERCANCÍA

Marx publica *El capital* en 1867. El texto es fruto de larguísimos años de estudios y la figura del gran cabezón barbado metido entre gruesos textos en el British Museum forma parte de la mitología filosófica y, desde luego, de la imagen entrañable que uno tiene de Marx como estudioso obsesivo. ¿Cuál era el centro de esa obsesión? El primer tomo se inicia señalándola: "La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un 'enorme cúmulo de mercancías', y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía" (*El capital*, tomo I, volumen I, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 43. La edición de Fondo de Cultura Económica respeta la forma en tres tomos, pero la de Siglo XXI ha "deconstruido" la obra en varios "volúmenes". Se puede trabajar con las dos. De hecho, la que se consigue es la de Siglo XXI). Bien, ése es el centro de la obsesión marxiana: la *mercancía*. Del análisis de la mercancía irá desarrollando Marx todo el complejo universo del sistema de producción capitalista. Estamos, pues, a las puertas de una gigantesca obra maestra. Cautela, entonces. ¿Cómo exponerla? Sus dificultades son muy grandes pero no se trata de un texto impenetrable como la *Fenomenología del espíritu*. Pese a pertenecer declaradamente a la economía política, la obra de Marx es una de las más sólidas de la historia de la filosofía. Me atreveré a decir que es la más importante de las que se ubican entre la *Fenomenología del espíritu* y *Ser y tiempo*. ¿Nietzsche? Nietzsche no tiene *un* gran libro. La grandeza está en toda su obra.

Hay un pequeño texto de Engels (que está, creo, en ese raro nivel que a veces alcanza este pensador que llevó la amistad al nivel de lo absoluto) en que, seguramente a pedido de alguna organización obrera, intenta un resumen de algunos temas de *El capital* y realiza un trabajo más que sólido. El texto está en las *Obras escogidas* de Marx y Engels, Ediciones en Lenguas Extranjeras, tomo I, Moscú, 1955, y se trata de unas pocas páginas escritas entre el primero y el trece de marzo de 1868. Algo fascinante es el comienzo del texto donde Engels se entrega a una exaltación de la *alemanidad.* A punto de entrar en Nietzsche y en Heidegger (nuestros próximos filósofos; aunque falta, todavía hay que cederle mucho espacio a Marx) es importante ir señalando ya el alto concepto que los alemanes tienen de sí para la filosofía, un concepto casi excluyente. Engels dice que *El capital* es una obra de "una profundidad y un rigor *sólo posible en un alemán*" (*Ob. cit.*, p. 480. Cursivas mías). Admite que las obras de Owen, Saint-Simon y Fourier, es decir, los utopistas, son valiosas pero "tenía que ser un alemán quien escalase la cumbre desde la que se domina, claro y nítido (...), todo el campo de las modernas relaciones sociales" (*Ibidem*, p. 480). Señalo este aspecto de la *condición alemana* porque Alemania llegó tarde a su unidad nacional. Fue un pueblo que antecedió con una gran cultura su estatuto de nación. Tuvo recién un Estado nacional con Bismarck, y lo tuvo por medio del militarismo prusiano (cuatro años de servicio militar obligatorio), y la voluntad de expansión territorial que se inicia a partir de la guerra con Francia, a la que vencerá en la batalla de Sedan en 1871. El otro pueblo que tendrá una gran cultura antes que un Estado nacional es el pueblo judío. En esto coinciden judíos y alemanes, estos últimos verdugos de los primeros.

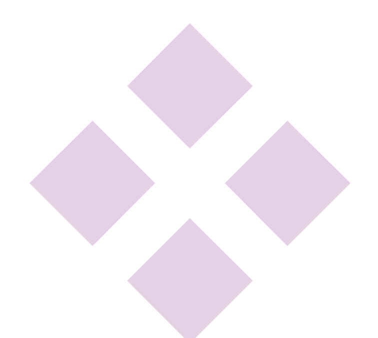
Dos personajes se encuentran en el mercado. Uno tiene el capital (dinero). El otro tiene su fuerza de trabajo. Marx se pregunta por qué, en el camino a la fábrica, uno va contento y el otro triste. ¿Cómo logra su ganancia el capitalista? ¿Cómo habrá de acrecentar su capital si le paga al obrero *todo* lo que éste produce? Ocurre que la mercancía que el capitalista ha llevado a su fábrica posee una cualidad muy especial. Las mercancías tienen dos caras: *valor de uso* y *valor de cambio*. El valor de uso es el que la mercancía entrega al capitalista cuando éste la usa. Pero de ahí no sale ninguna ganancia. El valor de uso se usa y se acabó. Pero la fuerza de trabajo que el obrero ha entregado al capitalista *produce valor en la medida en que se la usa*. Cito a Engels: "Bajo el régimen social vigente, el capitalista encuentra en el mercado *una mercancía* que posee la peregrina cualidad de que, *al consumirse, Engendra nuevo valor, crea un nuevo valor*: esta mercancía es la *fuerza de trabajo*" (*Ibidem*, p. 482. Cursivas de Engels).

Se trata de ver, ahora, cómo se fija el valor de la fuerza de trabajo. El valor de una mercancía se mide *por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla*. El obrero necesita mantenerse él y su familia. Por lo tanto el valor de la fuerza de trabajo se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir los medios que el obrero necesita para vivir. Bien, éste es el valor de la mercancía-obrero. Y lo que el capitalista le paga se llama *salario*. El salario es, entonces, la suma de dinero con que el capitalista paga los medios necesarios para que el obrero y su familia puedan vivir. Pero el valor de uso del obrero produce valor. El obrero es esa mercancía cuyo valor de uso produce valor. Si el capitalista le pagara al obrero todo lo que éste produce... no existiría el capitalismo. Tiene que existir un *plus* para que el sistema funcione. El obrero recibe un salario de sesenta libras pero produce por cien. ¡Qué espléndida mercancía! Qué distinta de una mesa o una silla, cuyos valores de uso no producen valor sino que se deterioran hasta que hay que tirarlas. Escribe Engels: "El nacimiento de la plusvalía (...) es, ahora, completamente claro y natural. Al obrero se le paga, ciertamente, el valor de la fuerza de trabajo. Lo que ocurre es que este valor es bastante inferior al que el capitalista logra sacar de ella, y la diferencia, o sea el *trabajo no retribuido*, es lo que constituye precisamente la parte del capitalista, o mejor dicho, de la clase capitalista" (*Ibid.*, p. 483).

Debemos distinguir entre *trabajo necesario*: el que hace el obrero para reponer el salario que el capitalista le paga y que, recordemos, se atiene estrictamente a cubrir el valor de trabajo socialmente necesario que requieren las mercancías destinadas a reproducir la vida del obrero. Y *plustrabajo*: el tiempo de trabajo en que el obrero se transforma en *creador de valor*, pues produce *plusvalía* para el capitalista trabajando *más tiempo* del socialmente necesario para ser mantenido. Este es el *plustrabajo* y del *plustrabajo* surge la *plusvalía* por medio de la cual el sistema de producción capitalista se reproduce.

Ahora bien, ¿de dónde saca el capitalista el *capital originario*? Hemos dado muy sencillamente por aceptado que dos sujetos se encuentran en el mercado y uno tiene *capital* y el otro solamente *fuerza de trabajo*. Que uno tenga fuerza de trabajo podemos entenderlo claramente: se trata de un hombre que tiene que trabajar para vivir y lo único que puede ofrecer es su aptitud de trabajador, es decir, su fuerza de trabajo. Pero el otro tiene dinero, tiene capital, ¿de dónde lo sacó? ¿De dónde sacó el capitalista el capital para llevarse a su





fábrica esa fabulosa mercancía cuyo valor de uso produce plusvalía y sin la cual no habría sistema capitalista? A propósito de esta cuestión Marx habrá de escribir uno de los capítulos más fascinantes (y primordiales para nosotros, hombres de la periferia) de *El capital*. Es un capítulo insoslayable y su enseñanza es irrestañablemente necesaria. Por decirlo moderadamente: uno no puede pasar por esta vida sin leerlo. Se trata del capítulo XXIV: *La llamada acumulación originaria*.

LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA DEL CAPITAL

Hemos visto, dice Marx, lo que básicamente nosotros hemos explicado hasta aquí. Es decir, Marx da por analizadas esas temáticas. Nos hemos encontrado con la fuerza de trabajo y con el capital. Los hemos seguido hasta la centralidad de la fábrica y hemos visto cómo esa mercancía que es la fuerza de trabajo produce *valor* en la medida en que se usa. Nos hemos, sin embargo, preguntado: ¿de dónde obtuvo su capital el capitalista? Escribe Marx: "Todo el proceso, pues, parece suponer una acumulación '*originaria*' previa a la *acumulación capitalista* ('*previous accumulation*', como la llama Adam Smith), una acumulación que no es el *resultado* del modo de producción capitalista, sino su *punto de partida*" (*El capital*, ed. cit., p. 891. Cursivas de Marx.) Marx, irónicamente, apunta que esta acumulación originaria "desempeña en la economía política el mismo papel que el *pecado original* en la teología" (*Ibid.*, p. 891. Las cursivas, salvo indicación contraria, siempre corresponderán al texto de Marx, plagado de ellas.) El relato capitalista sobre la acumulación originaria tendría tanta verosimilitud como el de Adán, la manzana, Eva, etc. "Se nos explica su origen contándolo como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros *acumularon riqueza* y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca *la pobreza de la gran masa* –que aún hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas– y *la riqueza de unos pocos*, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo" (*Ibid.*, p. 892). Marx señala que el "señor Thiers", quien encabezará pocos años después la represión contra la Comuna, "predica esas insulsas puerilidades a los otrora ingeniosos franceses" (*Ibid.*, p. 892). Pero no, dice Marx. Y pierde su sentido del humor, el cual, habrán notado ustedes, es expansivo y tendiente a la ironía corrosiva, dado que detesta y desprecia a sus adversarios, o, más aún, a los que elige abiertamente como enemigos, y que, en rigor, lo son. ¿Cómo ha sido "en la historia real" la acumulación originaria? Escribe Marx: "(...) el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia (...) En realidad, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos" (*Ibid.*, p. 892). Veamos un poco el adjetivo "idílico": "Que encierra hermosura, o que produce paz o placer: *paisaje idílico*" (Diccionario Salamanca de la lengua española). Veamos, ahora, el paisaje idílico que nos describe Marx: "El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*" (*Ibid.*, p. 939). Sinónimos de "idílico": placentero, apacible, pacífico, bucólico, pastoril, amoroso, celestial. Y no seguimos. A vuelta de página, Marx, concluyente, establece una de sus más célebres categorías históricas. Acaba de describirnos el horror de la acumulación originaria y lo ha hecho para mostrarnos cómo el capitalista se hizo del capital, y cómo, de ese modo, se realiza el paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, proceso que llevó muchos años y mucha sangre. Así, escribe: *"La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica"* (*Ibid.*, p. 940). Importa señalar que Marx establece su fórmula sobre la violencia como "partera de la historia" en pleno análisis del proceso de acumulación primitiva del capital, que es un proceso histórico extremadamente violento, pero, desde el punto de vista en que aquí lo estudia, *económico*. La pregunta base de Marx es: ¿cómo obtiene el capitalista su capital originario? De ahí que diga (a continuación de la frase sobre la violencia como partera) que la violencia es una "potencia económica". Lo es: es porla violencia que el capitalista conquista su capital originario. Vemos también cómo funciona aquí el concepto de "burguesía revolucionaria" que explicita el *Manifiesto*. La burguesía destruye todo lo viejo y todo lo viejo *está preñado de ella*. La burguesía, por medio de la violencia, se hace nacer. *Es su propia partera.* Marx siempre piensa en la Revolución Francesa, la gran revolución de la burguesía que jamás dejó de admirar. Los revolucionarios hicieron nacer, *por medio de la violencia*, a la sociedad de la cual el Antiguo Régimen estaba preñada. Pero, en verdad, si la violencia es la *partera* de la historia es porque es la *partera* del capital, la que posibilita su acumulación originaria. (También, como hemos visto en el último texto del *Manifiesto*, la violencia será la partera de la nueva sociedad que sucederá a la burguesía. Toda revolución es violenta.)

Marx era un implacable estudioso. Las citas de *El capital* son tan inacabables como valiosas y revelan la profundidad de los estudios que el hombre del British Museum llevó a cabo para llevar escribir su obra. Entre los citados por Marx está William Howitt, "un hombre (lo define Marx) que del cristianismo ha hecho una especialidad" (*Ibid.*, p. 940). Este señor Howitt, que, puedo asegurarles, no era marxista ni remotamente, sino un buen cristiano, escribe: "Los actos de barbarie y los inicuos ultrajes perpetrados por las razas llamadas cristianas en todas las regiones del mundo y contra todos los pueblos que pudieron subyugar, no encuentran paralelo en ninguna era de la historia universal y en ninguna raza, por salvaje e inculta, despiadada e impúdica que ésta fuera" (*Ibid.*, p. 940). La obra de William Howitt se llama: *Colonización y cristianismo. Una historia popular sobre el tratamiento de los nativos por los europeos en todas sus colonias*, publicada en Londres en 1838. A pie de página, Marx propone una reflexión y la reflexión parte no sólo del trabajo de Howitt, sino de otro sobre "el trato dado a los esclavos": "Debe estudiarse este asunto en detalle para ver qué hace el burgués de sí mismo y del trabajador allí donde puede moldear el mundo sin miramientos, a su imagen y semejanza" (*Ibid.*, p. 940). Interesa ver esto a raíz de la política de Estados Unidos luego del fin de la Guerra Fría. Sin contendientes a la vista, la década del noventa fue un festín del capital en su modo más salvaje, casi una fiesta de pandillas que se corona en el Consenso de Washington como punto en que el neoliberalismo expresa el modo en que quiere se comporte el mundo.

Sobre la crueldad de la acumulación originaria se han dicho, buscando negarla, todo tipo de tonterías. Una se la escuché a un viejo marxista, alguien que debió, alguna vez, haber leído el Capítulo XXIV de la obra de Marx para olvidarlo con el paso de los años. Cuando dijo la frase militaba en las filas del político López Murphy, un hombre, por decirlo de algún modo, de centroderecha. Me refiero a Juan José Sebreli, con quien siempre me saludo cordialmente, acaso no haga daños serios y es una buena persona. Al grano: cierta vez le escuché decir (es posible que la frase esté en su libro *El asedio a la modernidad*): "¿Qué habría pasado si los aztecas hubieran invadido Londres?" Notable pregunta. En principio, no creo que uno se hubiese deleitado con los cuentos y las novelas de Arthur Conan Doyle, pero tampoco habría existido Jack el Destripador. No perdamos el tiempo: jamás los aztecas hubieran podido invadir Londres. Ese procedimiento que propone Sebreli se llama *ucronía:* ¿qué habría ocurrido en la historia si no hubiera ocurrido lo que ocurrió? Los aztecas eran despiadados, pero coincido con el piadoso señor Howitt: los "actos de barbarie" de las "razas llamadas cristianas (...) no encuentran paralelo en ninguna era de la historia universal y en ninguna raza, por salvaje e inculta, despiadada e impúdica que ésta fuera". El genocidio latinoamericano reclamó la vida de cincuenta o sesenta o setenta millonesde seres. La incerteza en las cifras es de *decenas de millones*, esto solo habla de la magnitud de la masacre.

LATERALIDAD: JOHN WAYNE MENTÍA

En el cine norteamericano, en el *western*, los indios representan el *mal*. La evolución de este concepto es llamativa en la obra de John Ford, el más grande creador de films de ese género. Desde *La diligencia* (1939) hasta *El ocaso de los cheyennes* (1964) algo de agua pasó bajo los puentes, pero no demasiada. En el primer film (una *absoluta* obra maestra de Ford), filmado en el Monument Valley, locación que Ford amaba, el indio es el peligro más extremo y sus flechas llevan la muerte al corazón de los héroes. Es, además, el film que entregó el estrellato definitivo a John Wayne, un símbolo de la derecha extrema de Estados Unidos. En el segundo (mucho más ambicioso, pero lejos de la cima a que el primero llegó) Ford trata con piedad a sus cheyennes, los sigue en su larga marcha a su lugar de pertenencia y trata de entenderlos. Es una obra sensible y crepuscular. Tanto, que es también el último western de Ford. El héroe es Richard Widmark (el célebre Tommy Udo de *El beso de la muerte*, 1947), un actor diferenciado de Wayne, no sólo porque es un notable intérprete, sino porque fundamentó su carrera más en villanos que en héroes. Ford quiso que aquí fuera un héroe sereno, un compañero de los cheyennes del atardecer. *El ocaso de los cheyennes* –también filmado en el Monument Valley– es, como dije, de 1964. Recién en 1964, Hollywood, por medio de uno de sus más grandes artistas, intenta una mirada compasiva, humanitaria sobre los hombres de piel cobriza. Entre tanto, los indios son, siempre, *los malos de la película*. Ford había modificado algo el esquema –antes de *El ocaso*– en su poderoso western *Más corazón que odio* (*The Searchers*, 1956), donde nos muestra entrar a Wayne en la tienda del cacique y salir con el cuero cabelludo de éste, con cara extraviada, transformado en un bárbaro, exactamente en lo que él pretende combatir. No sé si Wayne habrá entendido qué quiso decir Ford, a la contradicción, inaudita para él, que lo sometió. Como sea, el punto de vista que siempre tuvo primacía fue el de Wayne: el Oeste se conquistó *a pesar* de los indios, sufriendo sus sanguinarios ataques, sus asesinatos de colonos, de familias enteras, su barbarie. Pues bien: *no*. John Wayne mentía. Nos lo dice Marx, en la página 942 de *El capital*: "Pero tampoco en las colonias propiamente dichas se desmentía el carácter cristiano de la *acumulación originaria*. Esos austeros 'virtuosos' del protestantismo, los puritanos (de Nueva Inglaterra), establecieron en 1703, por acuerdo de su *assembly*, un premio de 40 libras por cada cuero cabelludo de indio y por cada pielroja capturado; en 1720, un premio de 100 libras por cuero cabelludo, y en 1744, después que la Massachusetts Bay hubo declarado rebelde a cierta tribu, fijaron los siguientes precios: por escalpo de varón de 12 años o más, 100 libras de nuevo curso; por prisioneros varones, 105 libras; por mujeres y niños tomados prisioneros, 55 libras; *por cuero cabelludo de mujeres y niños*, 50 libras" (*Ibid.*, p. 942). Pero Wayne no les daría crédito a estas infamias. Diría que son embustes de Marx. Ese sucio rojo que no sólo fue un subversivo marxista, sino el mismísimo creador de la subversión marxista, esa peste. Espero que ustedes disientan con él.

el próximo domingo
CLASE N° 14
MARX,
EL FETICHISMO
DE LA MERCANCÍA